

**Complutum**

ISSN: 1131-6993

<http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.62590>

 EDICIONES  
COMPLUTENSE

Alonso González, Pablo (2017): *El antipatrimonio: fetichismo y dominación en Maragatería. Biblioteca de dialectología y tradiciones populares*, nº 56, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 326 páginas. ISBN: 978-84-00-10235-7



«El investigador no critica, describe, o discursivamente apoya una u otra teoría, sino que deviene otra cosa y cambia en sintonía con lo estudiado» (p. 293).

No sé bien si orientar esta reseña como investigador del patrimonio o como pueblerino de otra región maldita que también se apropian los leonesistas. Así que voy a intentar seguir un poco ambas.

En lo formal, este libro representa una llamada de atención muy interesante a la investigación patrimonial desde un caso concreto y curioso —por mantener la otredad del pueblo maragato. Deriva de la tesis doctoral del autor en la Universidad de León, así como de varios trabajos que ha realizado y multitud de experiencias que ha vivido en la comarca a lo largo de los años. Pueden distinguirse dos partes claras, aunque bien engarzadas: por un lado una primera parte teórica de lo más general a lo particular, que englobaría hasta el capítulo 4; por otro lado, una segunda parte más descriptiva (sin perder su carga teórica), que se desarrolla hasta el final. El último capítulo, a modo de conclusión, plantea un pequeño resumen de los contenidos con algunas sentencias

finales que fijan los argumentos principales del discurso.

¿Cuáles son estos? Que el patrimonio se sitúa en el contexto occidental capitalista (neoliberal) como un elemento esencializado y fetichizado que los estudios críticos no terminan de desafiar y poco a poco domina y aliena (en este caso, a los maragatos). Esta frase podría resumir en su esencia un libro que por lo demás ahonda en diferentes (y acertados) ejemplos que apoyan a la argumentación desde el caso maragato.

En líneas generales es un texto que llama a la reflexión en muchos temas, incluso cuestionando aspectos básicos del ámbito patrimonial que necesitan una revisión, o al menos mejor sustento. Sin embargo, no puedo evitar leer un sesgo muy marcado en muchas ocasiones, alejando al autor de evitar los esencialismos que critica. Me explico: el lenguaje no es inocente y de forma recurrente las críticas en el texto van acompañadas de palabras como «neoliberal», «tecnócrata» o «urbanita», con un tono aparentemente despectivo. De este modo, da la sensación de que el problema en Maragatería viene derivado de un contexto neoliberal y tecnócrata donde los urbanitas de Valladolid (léase Junta de Castilla y León) imponen una dinámica de algún modo en contra de lo positivo que quedaba en la comarca, por supuesto desde la óptica de la «máquina patrimonial», que también está manchada por estos principios y es empoderada por otros urbanitas capitalistas que tratan de repoblar la zona inmersos en sus fetiches y apoyados por fondos europeos, o de hippies que también han perdido la esencia de su modo de vida. En un primer vistazo no parece muy errado, pero el propio lenguaje predispone a leer con una agresividad innecesaria para la crítica de una realidad muy compleja y donde —como por otro lado también se ve en alguno de los capítulos— ninguna de las partes puede librarse de la crítica. Parece que esta-

mos ante un cuento de buenos y malos, más que ante el análisis de una realidad grave del mundo rural que subyace a todo el discurso y que es donde se encuentra el verdadero valor del texto.

Dicho esto, mi segunda crítica se centra en el tratamiento de lo rural. Este siglo pasará a la historia por ser el momento en el que la humanidad es ya eminentemente urbana. La despoblación rural se ve como un drama, seguramente por encontrarnos en un momento de tránsito, pero no es más que la manifestación de una realidad social y económica que hace inviable la vida en determinados contextos rurales. Me explico: Las grandes áreas de producción agrícola y ganadera responden a unos principios diferentes. Puedes vivir en Valladolid y trabajar el campo, porque las comunicaciones actuales lo permiten. Sin embargo, las áreas de montaña como Maragatería, Sierra de Francia (mi pueblo) o Pindo (el último ejemplo que he conocido en Grecia), respondieron y responden a una realidad rural muy diferente. Esto ha hecho que determinados aspectos de lo que tanto nos gusta llamar «sociedad preindustrial» se hayan mantenido hasta hoy, y con ellos valores y tradiciones que permitían la gestión sostenible del entorno en un marco de continua crisis (porque el dinero de los arrieros maragatos y la posterior industrialización de la comarca derivada de su cambio de actividad, no es la norma). Por eso, cuando se han aplicado políticas agrarias como la concentración parcelaria, el fracaso ha sido mayúsculo, ya que el minifundio de montaña no se puede enmarcar en los mismos parámetros que las llanuras de secano, y además, el impacto en la percepción del entorno es grave. Yo mismo he tenido que reaprender mis paisajes aún estando ya inmerso en la modernidad. La crítica a la intervención de las políticas regionales/nacionales/supranacionales en determinados contextos rurales (no sólo Maragatería) está bien orientada, pero responde a cuestiones más allá de su carácter hegemónico o neoliberal. Una situación similar es la que enfrenta la tradición hoy patrimonializada y esa «subjetividad diferencial» que el autor atribuye al *otro* definidor. Cuando la definición de las provincias en el siglo XIX arranca con los regionalismos modernos en España, algunas de las diferencias se crean de dentro hacia afuera (en mi caso, la oposición serrano-charro). No soy conocedor en detalle del caso maragato más allá de los detalles que aporta el libro, pero las dinámi-

cas que se generan en el ámbito identitario son mucho más complejas. Así podríamos seguir con los procesos de modernización, las políticas de desarrollo, etc. Ahondar en todos los aspectos que trata el libro llevaría a otro, por lo que intentaré terminar esta recensión hablando de Patrimonio.

En efecto, uno de los aspectos fundamentales de las políticas de modernización y desarrollo de las áreas rurales más deprimidas ha tenido que ver con la patrimonialización de lo rural. Desde las campanas (tradición perdida y no patrimonializada) hasta el folclore (estandarizado e incluso profesionalizado), pasando por todo el registro tangible, bien arqueológico o etnográfico. La financiación del LEADER no plantea en ningún momento el «postproductivismo» en pro de la explotación capitalista del territorio basada en el turismo como defiende el autor, sino que la diferencia maragata y de muchos otros lugares, reside en la dificultad para generar otros escenarios sostenibles de desarrollo rural dentro del marco socioeconómico actual (aunque se intente desde una ideología alternativa como el autor plantea en la página 280). Lo que antes era economía de subsistencia hoy no puede ser nada diferente. No es mejor ni peor, simplemente es comprensible que quienes la practicaban hayan mandado a sus hijos a estudiar a la ciudad para tener una vida distinta a la suya. El campo es duro e incierto, el funcionariado no. Entonces, las pocas iniciativas que suelen prosperar son empresas de producción o servicios, o la salida fácil cuando el fetiche llama: turismo.

A lo largo del texto, el autor rehúye definir Patrimonio mientras plantea una crítica categorial al concepto. Sin embargo juega con un concepto de Patrimonio muy concreto, que no es necesariamente mayoritario en el ámbito académico, pero sí en el ámbito más práctico y el administrativo. Decir que el patrimonio es un fetiche es acertado. La propia concepción de la UNESCO lo ha llevado a ese campo con sus listas y las relaciones que se generan a nivel social así lo respaldan. Decir que es un elemento de dominación requiere más profundidad. Me planteo si no se estará idealizando y esencializando a la propia «comunidad maragata». Así, el propio *patrimonio* maragato se transforma, porque no es patrimonio hasta que se patrimonializa y los valores del proceso no son los mismos que tenían los elementos patrimonializados en uso. Por ello, es incomprensible en un texto que trata de confrontar este

mismo proceso que se plantee indirectamente una forma de *pureza* patrimonial entre las distintas comunidades que conviven en Maragatería al cuestionar la esencialización que promueven los nuevos vecinos, como si existiese de hecho una idea clara de lo que es maragato, definida y diferente de la que se trata de vender desde la máquina patrimonial.

Con esto no planteo una defensa férrea a un modelo que obviamente plantea muchos problemas, sino la necesidad de ir más allá de la mera crítica a un escenario de soluciones. En este sentido, desde una posición consecuente, me resultan problemáticas algunas de las críticas que el autor plantea como si se pudiese situar en un plano de realidad alter-

nativo donde jugar a su antojo con el devenir de la sociedad y sus prácticas. El patrimonio está ahí, nos guste o no, y en sus múltiples formas. Las líneas de trabajo más críticas han planteado propuestas muy interesantes para la reformulación de sus preceptos y la visibilización de otras realidades hasta entonces ocultas en los discursos oficiales. Si el objetivo de las críticas a todos esos movimientos era plantear una alternativa, no vamos a encontrar nada nuevo en el libro. Si el objetivo era llevar a cabo un ejercicio teórico desde múltiples corrientes que se pueden aplicar en mayor o menor medida a las dinámicas patrimoniales de Maragatería, entonces el resultado es mayúsculo.

Jaime Almansa Sánchez  
Incipit, CSIC  
jaime.almansa-sanchez@incipit.csic.es